

## CIENCIA FICCIÓN Y CIENCIA

Miquel Barceló

En la ciencia ficción, años ha, se pusieron de moda las trilogías y, en realidad, el número tres parece de especial aprecio por parte de los humanos: tres son las leyes de Newton y las de la robótica asimoviana, entre otros muchos ejemplos posibles. Por todo ello, tras las últimas *Paradojas* dedicadas a "Ciencia y divulgación científica" y "Ciencia, divulgación científica y ciencia ficción", cerramos aquí una posible trilogía con ésta sobre "Ciencia ficción y ciencia".

La ciencia ficción, como decíamos el último, mes no tiene para nada el encargo de "crear" nueva tecnociencia, ni mucho menos. Pero aceptando que la ciencia y la tecnología son ya elementos posiblemente indispensables y prácticamente definitorios de la sociedad moderna, es bueno poder reflexionar, de forma un tanto lúdica como hace la buena ciencia ficción, sobre las consecuencias que el continuo y creciente uso de los resultados de la investigación en ciencia y tecnología nos aporta en la vida cotidiana.

Un problema real de la moderna ciencia ficción reside en una sensación que, al menos entre los autores, resulta creciente y un tanto preocupante. Ocurre que hoy somos ya conscientes de que casi cualquier especulación sobre el futuro va a quedar muy posiblemente obsoleta ante las realizaciones concretas que la tecnociencia nos depara. Ante el acelerado ritmo de cambio tecnocientífico de las últimas décadas, algunos autores de la moderna ciencia ficción parecen querer restringirse en los últimos años a eso que algunos llaman la ciencia ficción del "futuro cercano".

Se trata de limitar la especulación "cienciaficciónística" a las próximas décadas y, en realidad, muy pocos autores se atreven hoy a desplazar su imaginación ni siquiera cien años en el futuro. ¿Para qué?, parecen preguntarse, si la realidad va a superar muy pronto nuestras más arriesgadas especulaciones.

Me parece un error.

Sería como negar la oportunidad de novelas como la famosa "1984" de George Orwell cuando, llegados al 1984, descubrimos que no existía un Gran Hermano como ése (hubo que esperar sólo unos lustros para que fuera realidad... al menos en algunas televisiones).

En su libro "*Dios y Golem*", Norbert Wiener, padre de la cibernética, nos decía "*Dios no puede crear una piedra tan pesada que él mismo no la pueda levantar*". Una sentencia que nos recuerda que, simplemente, a sus ojos, los seres humanos, menos capaces de controlar nuestras propias creaciones, no somos Dios. Como ateo, dudo de la existencia de ese posible Dios pero, en cualquier caso, creo que Wiener imagina un Dios demasiado limitado.

Por lo menos los seres humanos, en nuestra faceta de creadores (y lo somos en cierta forma también, por ejemplo, al engendrar y educar a nuestros hijos) nos lanzamos por un tobogán de novedades sin fin en el que esperamos y deseamos que nuestra obra pueda superarnos a nosotros mismos y, en definitiva, "no seamos capaces de levantar esa piedra".

Algo parecido ocurre en nuestra faceta de *Homo Faber*, de creadores de artefactos (materiales u organizativos) que pueden muy fácilmente sobrepasarnos, como ya ocurre con la complejidad de la sociedad que hemos organizado y sus misterios socio-económicos (¡todavía no poseemos una psicohistoria válida, y nos sigue faltando un Hari Seldon!...). También puede ocurrirnos con nuestras creaciones materiales: las máquinas.

Reflexionar y novelar sobre ello sigue siendo imprescindible, pese a que sea difícil.

Ya hemos comentado en otra Paradoja (septiembre 2002) que Vernor Vinge, científico y autor de ciencia ficción, nos dice que nos acercamos a una especie de "*singularidad tecnológica*". Hasta hoy hemos sido los autores de nuestra propia evolución tecnológica pero, si llegamos a crear

una verdadera inteligencia artificial auto-reproductora, es posible que los agentes de la futura evolución tecnocientífica de la humanidad sean ellas, las inteligencias artificiales, y ya no los humanos.

Curiosamente se trata de algo parecido a lo que, en torno a otra tecnología, sugiere Francis Fukuyama en *The Posthuman Society* ("El fin del Hombre", en la reciente edición española de Ediciones B). Tras abjurar de su propia proclamación del fin de la historia (ahora Fukuyama ya reconoce que la historia no puede realmente terminar porque no lo hacen, dice, la ciencia y la tecnología, tan determinantes en los tres últimos siglos de historia humana), el controvertido autor se da cuenta de que, con las biotecnologías, podemos alterarnos a nosotros mismos. Es decir, podemos alterar a los que hemos sido los agentes de la evolución tecnocientífica humana. Una nueva forma de "singularidad biotecnológica", a la que ya se refería Stephen Hawkins en 1994.

Por suerte, pese a la "singularidad (bio)tecnológica" o ese posible "fin del hombre", lo cierto es que los buenos autores de la mejor ciencia ficción (el mismo Vernor Vinge, por ejemplo) siguen especulando con futuros lejanos en los que, afortunadamente, todavía quedan rastros de eso que llamamos humanidad y que acaba justificándolo todo: la ciencia, la divulgación científica e incluso la ciencia ficción.